

de los nobles y de los cardenales, y paseaban en ellos las calles y paseos públicos insultando á sus dueños.

Ordenó además Haller la confiscación de toda la plata de las iglesias, que se ejecutó, como dice el autor de la relacion que seguimos, martillo y saco en mano, sin dejar en cada templo mas que el peor cáliz para decir la misa. Impuso una contribucion de varios millones, pagadera en el término de veinticuatro horas. Mandó fabricar cédulas de banco hasta la suma de doce millones de escudos, que hizo tuviesen curso como moneda corriente. Dióse orden para destruir todos los escudos de armas, inscripciones ó insignias de las casas, costando trabajo al embajador español detener la piqueta ya preparada para deshacer el magnífico escudo de mármol que decoraba la puerta de su palacio. Se pusieron en venta los bienes de la cámara pontificia, y los de los cabildos y comunidades religiosas, á las cuales se arrojaba de sus casas. Se prendía á los eclesiásticos mas condecorados y respetables, no sin indicarles que aprontando alguna suma de dinero podrian conseguir su libertad. En cuanto á los caballos y coches de particulares, asi los franceses como los nuevos republicanos de Roma se los apropiaban con el menor pretesto y con el mayor des-  
caro.

Pero entraba ya en las miras del gobierno francés sacar de Roma al papa y á los que formaban su córte, como entraba en las del nuevo gobierno romano ale-

jarle de Italia, temiendo con su presencia por la seguridad de la revolucion. En su virtud se acercaron los cónsules al embajador español, é hicieronle la propuesta de enviar á España al pontífice. Azara contestó que carecia de instrucciones de su gobierno para poder responder á proposicion tan inesperada. Con esto se trató de enviarle á Portugal, y por último se resolvió trasladarle á Toscana. Así se verificó, sacando en una noche oscura al enfermo y anciano Pio VI. de su palacio, haciéndole entrar en un coche con su camarero y su médico, y trasportándole con escolta de dragones franceses hasta Siena, donde se alojó por opcion suya en el convento de Agustinos calzados. Gran disgusto produjo esta medida en la poblacion romana. Una noche se insurreccionaron los transteverinos, dándose á degollar los franceses que andaban por aquellos barrios, que por fortuna suya no eran muchos. Pero la tropa francesa que estaba sobre las armas y se apoderó de los puentes, y la guardia nacional que acababa de formarse, apagaron, aunque á costa de bastante sangre, la sublevacion, lo cual tal vez no habrian logrado, si hubieran llegado á tiempo los habitantes de la campaña y de las vecinas ciudades que en número de doce mil hombres acudian ya á unirse con los conjurados, y los cuales fueron al dia siguiente dispersados por los escuadrones de Murat (1).

(1) Si toda la poblacion no se levantó, al menos no es exacto lo

Los excesos, los saqueos y las rapiñas de los franceses en Roma continuaron en mayor escala y con mayor escándalo que ántes, por la circunstancia de haber tomado Berthier el mando del ejército de Italia, cuyo centro estaba en Milan, y haber quedado al frente del de Roma el general Massena. Este guerrero, que habia salvado á la Francia en Zurich, fué el que dió en Roma el funesto ejemplo de empezar á saquear los palacios, los conventos y las ricas colecciones; ejemplo que siguieron los gefes de mayor graduacion, vendiendo á bajo precio á los judíos que iban detrás los magníficos objetos que les entregaban los saqueadores. «La malversacion, dice un ilustre historiador francés, fue escandalosa. Es preciso decirlo: no eran los oficiales subalternos ni los soldados los que se entregaban á semejantes desórdenes, sino los gefes superiores (1).» Este escándalo produjo uno de los acontecimientos mas notables y mas nuevos en la historia. Los oficiales subalternos y los soldados se amotinaron contra sus gefes, llamándolos *mónstruos graduados, administradores corrompidos, picaros ladrones*, y otros epítetos semejantes, diciendo que seria des-

que dice un historiador francés, que el pueblo de Roma no parecia echar de menos á aquel soberano que habia sin embargo reinado mas de veinte años. Estaba demasiado oprimida la poblacion para que pudiera ayudar á los de los barrios de Transtevere y Monti.

(1) Thiers, *Revolucion francesa*, tom. V. cap. 42.—Es extraño que este historiador haya dedicado tan pocas páginas á la relacion de los importantísimos sucesos de la revolucion de Roma; aunque por otra parte no deja de comprenderse la causa.

honrar el nombre francés el tolerar tanta infamia, y negándose á servir bajo las órdenes de Massena (1). Todos los gefes, de coronel arriba, se vieron obligados á salir de Roma, á escepcion del general Dalmagne, hombre moderado y probo, á quien los sublevados dieron provisionalmente el mando superior. Al dia siguiente se publicó un edicto invitando á los habitantes de Roma á que fuesen á declarar en lo que cada cuál habia sido estafado, fuese dinero, alhajas, caballos, ú otras prendas ó efectos. Enviaron además una diputacion al Directorio, con una memoria en que se esplicaba todo lo que habia pasado, pidiendo con instancia el castigo de los culpables. El Directorio destituyó á Massena, y envió á Roma una comision de cuatro personajes integros é ilustrados, con el encargo de organizar la nueva república (2).

(1) Azara, que presencié esta sublevacion, y pasó mil apuros por haberse encontrado casualmente y sin pensarlo en medio de ella, refiere varias y curiosas anécdotas de este singular episodio. Tal es, entre otras, la siguiente. El que iba á la cabeza de la diputacion que los sublevados enviaron á Massena, le dijo con mucha serenidad: «General, habeis perdido la confianza del ejército, y asi es preciso que os vayais de Roma.» Massena encolerizado preguntó al orador si le conocia. —«Sí, general, le respondió, te conocemos por el mayor picaro del mundo.» Viendo Massena que la cosa iba demasiado seria, se subió sobre una silla, y comenzó

á perorar á los soldados; mas como éstos se mostrasen duros é inflexibles, pidió una espada para suicidarse. «Dádsela, dijo el orador, que no lo hará, yo le conozco.» Los soldados se retiraron, y Massena quedó solo pensando el partido que habria de tomar.

(2) Léense en las Memorias de Azara otros muchos pormenores de aquella insurreccion honrosa de los soldados franceses, asi como los muchos peligros en que se vió, por haber tenido que hacer forzosamente el papel de mediador entre los insurrectos y los generales perseguidos, presos ó amenazados.

El embajador español, deseoso ya de verse libre de aquella situación embarazosísima para él, y tomadas sus disposiciones para el despacho de los negocios mas urgentes que tenia á su cargo, dada tambien órden para que salieran de la ciudad todos los españoles residentes en ella, determinó abandonar aquella perturbada mansion en que habia residido mas de treinta años, dejando allí su inmenso moviliario, su copiosa librería, y sus ricas colecciones de preciosos cuadros y de bustos de mármol <sup>(1)</sup>. Partió, pues, Azara de Roma, y llegó, no sin nuevos riesgos, á Siena, donde consoló cuanto pudo al tribulado Pio VI., le informó de cuanto habia pasado despues de su salida del Vaticano, y conferenció y arregló con el anciano y enfermo pontífice la manera cómo en la dispersion y en la situación especial en que se hallaban, así Su Santidad como el colegio de cardenales, convendria proveer á la sucesion legítima de la silla apostólica, cuando llegara el caso de pasar á mejor vida el que la estaba ocupando, aunque fuera de su natural asiento. De este modo, y por medio de una bula, que Azara recogió original y logró que fueran firmando casi to-

(1) La magnífica colección de bustos en mármol, dice el anotador de las Memorias de Azara, la legó á su muerte al rey de España, y es hoy una de las principales riquezas que posee S. M. en su Real Museo de pinturas y esculturas en el palacio del Prado de Madrid que lleva aquel nombre. De la colección de pinturas se perdieron muchas en las turbulencias políticas de Roma que ocurrieron despues de la salida de Azara, pero aun se conservan porción de preciosos cuadros originales, que posee hoy su heredero el actual marqués de Nibiano. La librería constaba de veinte mil volúmenes.

dos los cardenales, se evitó á la muerte de Pio VI. un cisma que hubiera sido fatal al catolicismo. Azara fué luego nombrado embajador del Rey Católico en París (marzo, 1798), cuyo nombramiento recibió en Florencia, cuando se disponia á regresar á España y habia anunciado al gobierno el itinerario que se proponia traer.

No es exacto lo que á propósito del destronamiento y del infortunio del papa dice un historiador francés, á saber: que España, cuya religiosidad era temible, nada dijo sin embargo, acaso porque se hallaba bajo la influencia francesa <sup>(1)</sup>. España no abandonó en esta ocasión á Pio VI., como nunca habia abandonado á los pontífices en sus conflictos y tribulaciones. Carlos IV., que supo con dolor los atropellamientos y las amarguras del gefe supremo de la Iglesia, intentó mover al Directorio, traerle á sentimientos de moderación, y obtener de él la libertad y la seguridad de la persona del papa. Lo que hubo fué que el embajador español cerca de la república, conociendo bien la disposición de los ánimos de los directores, no se atrevió á presentar, y lo creyó de todo punto inútil, los despachos en que aquello se reclamaba <sup>(2)</sup>. El embajador Azara, su sobrino don Eusebio Bardají, el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, el diplomático don

(1) Thiers, Revolución, tom. V. cap. 42. qués del Campo al príncipe de la Paz, en 31 de marzo, 1798.

(2) Carta del embajador mar-

Pedro Labrador, todos estos distinguidos españoles prestaron cuantos auxilios pudieron, y acompañaron algunos de ellos al desgraciado pontífice hasta recoger su último suspiro, y le suministraron de orden del rey lo necesario para su persona y familia, privado de todo socorro por la Francia, aun para los viages que le obligó á hacer.

Verdad es que cuando el gobierno de la república, temiendo todavía la presencia del proveyto pontífice en territorio de Italia ó del Imperio, propuso á Carlos IV. que le diese acogida y residencia en sus dominios, el monarca español repugnó y puso dificultades á esta proposición; mas no por falta de veneración, de afecto y de interés hácia el desventurado papa, sino por los visibles inconvenientes y compromisos que en aquellas circunstancias traería á su reino un hospedage que en otra ocasión él mismo habria ofrecido y aun solicitado. Y sin embargo, todavía por evitar algun nuevo desacato ó ultrage que parecia amenazar al augusto desterrado, consentia en que fuese traído á Mallorca, acompañándole solamente el cardenal de Lorenzana y las personas de su servidumbre, encargándose él de los gastos que ocasionára su residencia, bien que pidiendo al Directorio, en compensación de esta condescendencia y sacrificio, que ratificára el tratado con Portugal y que indemnizára al infante español duque de Parma, cuya suerte era el objeto de la mas viva solicitud de Carlos IV. y de María Lui-

sa. La muerte del desventurado y perseguido pontífice puso fin, como veremos después, á estas negociaciones y evitó los compromisos que de ellas hubieran podido seguirse á España (1).

Por este tiempo habia ocurrido en el gobierno español una novedad grande por lo inesperada y por la calidad de la persona en quien se habia verificado, á saber: la separacion del príncipe de la Paz de la primera secretaría de Estado, y por consecuencia, de la dirección de los negocios públicos (28 de marzo, 1798). Aunque en el real decreto espresaba el soberano que no hacia sino acceder á las reiteradas instancias del ministro, y la admision de su renuncia se hacia en los términos mas lisongeros para él, y tales como rara ó ninguna vez en semejantes documentos se emplean (2),

(1) Los franceses, en su deseo de sacarle cuanto antes de Italia, donde tanto temian su presencia, resolvieron llevarle á Francia, trasladándole primero á Brianzon, después á Grenoble, y por último dieron orden para que fuese llevado á Dijon. Ya habia partido de Grenoble, mas habiéndose detenido en Valence del Delfinado, donde le alcanzó la orden conseguida por Azara de suspender el viage, la edad, los disgustos, las molestias y malos tratos hicieron sucumbir en aquella ciudad al atribulado Pio VI.—Memorias de Azara.—Correspondencia diplomática de Francia y de Italia: Archivo del Ministerio de Estado.—Artaud, Vidas de los soberanos pontífices.

(2) «Atendiendo (decia) á las

»reiteradas súplicas que me habeis hecho, asi de palabra como »por escrito, para que os eximiese de los empleos de secretario »de Estado y de sargento mayor »de mis Reales Guardias de Corps, »he venido en acceder á vuestras »reiteradas instancias eximiéndos de dichos dos empleos, »nombrando interinamente á don »Francisco de Saavedra para el »primero, y para el segundo al »marqués de Ruchena, á los que »podreis entregar lo que á cada »uno corresponda, quedando vos »con todos los honores, sueldos, »emolumentos y entradas que en »el día tenéis: asegurándoos que »estoy sumamente satisfecho del »celo, amor y acierto con que habeis desempeñado todo lo que »ha corrido bajo vuestro mando;

y por lo mismo que se sospechaba que el favorito no habia caído de la gracia del rey, entonces y después se discurrió mucho sobre las causas de su salida. Pero los mismos que las buscaban, y tal vez habrían querido encontrarlas en alguna alteracion que hubieran sufrido sus relaciones particulares con la reina, vienen á reconocer que lejos de influir en este suceso, ninguna nueva amistad, ninguna rivalidad disminuyó el ascendiente y poderío de don Manuel Godoy <sup>(1)</sup>. Al contrario, estos mismos dan á entender que la reina no solo sostenia al ministro favorito contra toda tentativa de sus enemigos ó de sus rivales, sino que la ligaban á proceder asi compromisos á que no hubiera podido faltar sin grave y evidente peligro de su honra y aun de su persona <sup>(2)</sup>.

*by que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equivocadas de mi gratitud á vuestros singulares servicios.*  
Aranjuez y marzo 28 de 1798.—  
»Carlos.—Al Príncipe de la Paz.»

(1) Nos referimos aqui á los juicios que en la corte se hacian sobre la particular estimacion que la reina María Luisa parecia tener en aquel tiempo hácia otro guardia de Corps llamado Mallo, que entre otras distinciones obtuvo la de ser nombrado mayordomo de semana, y que con motivo de ostentar cierto lujo y boato en su porte dió ocasion á las murmuraciones de los cortesanos, y aun á dichos agudos del mismo príncipe de la Paz en conversaciones confidenciales con el

rey. Don Andrés Muriel, que en su historia manuscrita de este reinado no pierde ocasion de dar cabida en ella á todas las noticias y anécdotas de esta especie, sin velo ni disfraz, siquiera fuese trasparente, cuenta tambien lo que se juzgaba y decia de aquel trato. Nosotros, que nos hemos propuesto no hacer históricos los actos de la vida privada de los reyes sino cuando á ello nos obliga la influencia que ejercieran en la marcha de la cosa pública, procuramos cuanto podemos indicarlos solo ligeramente, en cuanto baste para significar que no nos son desconocidos, pero que no hacen al objeto y á la índole de nuestra historia.

(2) Esplican este compromiso por una carta imprudente que

No hay, pues, necesidad de recurrir á causas de esta índole, toda vez que habia motivos políticos suficientes, y aun sobrados, para esplicar la retirada del príncipe de la Paz. El Directorio francés, que no olvidaba haber sido este ministro el autor de la declaracion de guerra contra la Convencion, y comprendia que solo por necesidad, y no por afecto á la república, habia hecho alianza con la Francia, meditaba ya cómo alejarle de los negocios públicos, á la manera que lo habia hecho con el ministro del emperador, baron de Thugut. Tampoco ignoraba el Directorio que entre los príncipes franceses emigrados y su pariente Carlos IV. mediaba y se sostenia una correspondencia activa y afectuosa, como hasta la muerte de Luis XVI. habia mediado entre los dos monarcas, y entre las dos reinas María Antonia y María Luisa <sup>(1)</sup>. Y harto conocia tambien que, fiel Carlos IV. de corazon á los desgraciados príncipes de su familia, á quienes solo por la necesidad de conservar su propio trono habia en apariencia abandonado, los protegeria de buena gana el día que pudiera hacerlo con esperanza de buen éxito y sin riesgo de su corona. No podia, pues, conside-

dicen haberle escrito en momentos en que el apasionamiento no dá lugar á la reflexion ni á la prevision, y que el favorecido guardaba como una arma de segura defensa para cualquier evento, bien de inconsecuencia, bien de enojo, y era como su áncora de salvacion en las borrascas. Pero el mismo escritor que revela el

indiscreto contenido de esta carta, concluye por dudar de la certeza del fatal documento.

(1) En el Archivo del Ministerio de Estado existe y hemos visto original gran parte de esta correspondencia, de una y otra época, frecuente y casi nunca interrumpida.

rar la alianza del gabinete de Madrid como cordial y sincera.

El príncipe de la Paz por su parte tampoco estaba satisfecho de la conducta del gobierno francés, principalmente por lo que tocaba á la solución de los asuntos de Parma, Roma y Portugal, en que el rey tenía grandísimo empeño. «Portugal, Parma y Roma, le decía al embajador marqués del Campo, han sido tres puntos de vista que no ha separado de su consideración el rey nuestro señor. La paz con Portugal, que pagada debía creerse efectiva, parece se hace mas distante. La satisfacción que debía prometerse S. M. para su hermano después de la agregación cisalpina, no tiene efecto. De la existencia de Roma se trata con dificultades..... ¿En qué piensa pues el Directorio? ¿No ha de contar con su aliada para la distribución de los Estados de Italia, ni sus oficios han de tener valor alguno para que la paz con Portugal se ratifique? Es tiempo pues de no dejar dormidas las ideas.....» Y concluía: «Estas cosas que se responden prontamente cuando hay confianza, no deben empachar al Directorio para satisfacerlas, y antes bien conviene no ignorarlas, para formar desde luego los planes que interesan á cada soberano (1).»

Mal efecto produjo en el Directorio el contenido,

(1) Carta del príncipe de la Paz al marqués del Campo, de Aranjuez á 15 de enero de 1798.

y el tono independiente, con sus reticencias semi-hostiles, de este despacho. El agente francés en Madrid se esplicó á su vez con bastante acrimonia, y so pretexto del mal tratamiento que suponía se daba á los franceses en España, preguntaba al ministro de Estado si Francia y España estaban todavía en guerra, y añadía: «Príncipe, es preciso que cese tal escándalo.» La protección que el rey de España dispensaba al de Portugal, y el empeño de su primer ministro en evitar que Francia hiciese la guerra á aquel reino, era uno de los mayores motivos de disgusto que con el príncipe de la Paz tenía el gobierno de la república.

Para prevenir ó neutralizar las consecuencias de este desvío determinó Godoy reemplazar al marqués del Campo en la embajada de París con el conde de Cabarrús, hombre muy despierto, de reconocida capacidad y larga esperiencia, y muy de su confianza. Esperaba que su cualidad de francés, aunque naturalizado muchos años hacía en España, le favorecería para ser bien recibido del Directorio; y fiaba además en la influencia de la hija del conde, madama Tallien, la bella Teresa Cabarrús, tan célebre en la revolución francesa, y que á la sazón se hallaba en relaciones íntimas con el director Barrás (1). Mas sucedió todo lo

(1) Esta dama, nacida en España, que tanta celebridad adquirió durante la revolución francesa, así por su hermosura como por algunos actos notables de su vida y por los personajes con quienes estuvo unida, casó sucesivamente con Mr. Tentenay, consejero del parlamento de Burdeos, con el famoso thermidoriano Tallien, y con el príncipe de Chimay, por haberse divorciado de los dos primeros.

contrario. La circunstancia de ser nacido Cabarrús en Francia, no obstante la naturalización española que había obtenido, y haber sido ántes aceptado sin inconveniente como plenipotenciario de España para las conferencias de Berna y de Lille, sirvió de fundamento al Directorio para negarse á admitirle como embajador, diciendo que en ningun caso podia un francés representar á un soberano extranjero cerca del gobierno de su propio país. Todas las razones y todos los esfuerzos del príncipe de la Paz y de Cabarrús fueron infructuosos é ineficaces para convencer al Directorio, lo cual obligó al ministro español á nombrar embajador cerca de la república francesa á don José Nicolás de Azara, que acababa de desempeñar el importante papel que hemos visto en Roma. A su vez el Directorio envió de embajador á la córte de España al ciudadano Truguet, ministro que había sido de Marina, con instrucciones de trabajar por la separación de Godoy de los negocios de estado (4).

Cabarrús, conocedor de la situación política de la Francia en aquel tiempo, y del mal espíritu que animaba á algunos de los directores respecto al gobierno

En los días del terror estuvo presa en la Force y en visperas de ser llevada al patíbulo, en cuyo estado escribió y tuvo ardid para hacer llegar una enérgica carta á Tallien, excitándole á deshacerse de Robespierre, lo cual parece contribuyó en parte á la caída y suplicio de aquel gran terrorista,

á que debió ella su salvación. Tuvo también amistad con madama Beauharnais, después emperatriz de los franceses. Hecha la restauración de los Borbones, vivió retirada en París.

(4) Archivo del Ministerio de Estado, Leg. 49, núms. 4, 6 y 8.

español, había informado de todo al príncipe de la Paz, aconsejándole la conducta que creía mas conveniente para no provocar en aquel gobierno una resolución que pudiera ser funesta á España, y esponiéndole principalmente la inconveniencia del empeño en evitar la guerra contra Portugal; pues sobre haber hecho ya en favor de la mediación cuantos oficios la lealtad y la amistad mas acendrada á aquel rey pudiera exigir, y sobre los peligros á que la continuación de tal política nos estaba exponiendo, la guerra podria ser útil á España, puesto que el pensamiento del gobierno francés era proponer al español la cesion de la Luisiana, y obligar á Portugal á indemnizar á España con las islas de Madera y Santa Catalina, y acaso podria arribarse á la recuperación de Gibraltar como precio de la paz general (4). Consejos parecidos le da-

(4) «Parece, decia Cabarrús, que la prudencia aconseja que moderando los pasos de mediación ya interesados, no nos comprometamos á no tomar parte en la guerra, si esta fuese inevitable; pues si Portugal hubiese de ser conquistado, no es dudable que seria muy conveniente que esta conquista se hiciese para nosotros y por nosotros, y este sistema de manifestarnos prontos á seguir contra Portugal las miras de Francia, tiene á mis ojos la inapreciable ventaja de cohonestar el aumento muy considerable que sin perder un instante conviene hacer en el ejército, mejorando al mismo tiempo la organización en términos de hacernos respetables. No porque yo crea que el designio

verdadero de estas gentes es hacer á Portugal una guerra que les seria demasiado grávida sin nuestra cooperación, sino que quieren precisarnos á apoyar sus amenazas para conseguir mejores condiciones y á pagar nuestra mediación; y segun he podido inferir, Truguet va encargado de proponer á V. E. la cesion de la Luisiana, de la cual deberia la córte de Lisboa indemnizar á la España cediéndole la isla de Madera y de Santa Catalina, ú otro equivalente, que importa poco á este gobierno, pues su objeto principal es conseguir la Luisiana ahora, y sacar este partido de las desavenencias de Portugal; y como esta cesion de la Luisiana, cuando Su Magestad se determine á ella, de-

ba respecto á aceptar la compensacion que el gobierno francés meditaba dar al duque de Parma. Y en carta posterior (23 de enero, 1798) le habia manifestado la persuasion perniciosa en que los directores estaban de que habia en Madrid un partido inglés, que decia mantener inteligencias con la córte de Lóndres, compuesto de personas de mucho influjo, y á cuya cabeza se suponía estaba el mismo príncipe de la Paz: voces que sin duda se esparcieron allá por el deseo de apartarle de la direccion de los negocios (1).

A fin de desvanecer tales sospechas y rumores, y con noticia que tuvo el príncipe de la Paz de una parte de las instrucciones que se habian dado al nuevo embajador, se apresuró á satisfacer los deseos del Directorio, anticipándose á ordenar que la escuadra es-

be ser el precio de la paz general y si puede ser de Gibraltar, la sagacidad de V. E. comprenderá que el juego actual es, parece, no tan solo moderar el interés á favor de la paz de Portugal, sino entrar en las intenciones amenazadoras de la Francia contra aquella potencia, pues cuanto más se acalora la mediacion, más se empeñará este gobierno, en que la costeemos con el sacrificio que exige.—Cabarrús al príncipe de la Paz, París, enero de 1798.

(1) La desconfianza entre ambos gabinetes, y sobre todo la prevencion del Directorio contra el príncipe de la Paz, se manifestó tambien con otro hecho muy significativo. El director del Gabinete de Historia natural de Madrid, don Eugenio Izquierdo, habia pa-

sado á París con la mision ostensible de visitar y estudiar los establecimientos científicos. Pero el gobierno francés, receloso ya sin duda de la amistad de Izquierdo con el primer ministro de España y sospechando que su viage tuviera otro objeto, le interceptó la correspondencia, y parece haber descubierto en algunas cartas que la ciencia y las relaciones de Izquierdo con los sabios franceses habian sido buscadas y empleadas como un buen medio para explorar la política y el espíritu del gobierno de la república, por lo cual fué reducido á prision, y este hecho produjo después reclamaciones de parte de nuestra córte.—Muriel, lib. IV. Correspondencia de Azara.

pañola de Cádiz al mando del general Mazarredo, de cuya inaccion murmuraban los franceses, saliese inmediatamente á buscar y batir la flota inglesa compuesta de solo ocho navíos, que cruzaban delante de la bahía formando una especie de bloqueo. Constaba la nuestra de veintium navíos de línea, entre ellos cinco de tres puentes, y los acompañaba la fragata francesa *La Vestal*, para observar sus movimientos y dar cuenta de las operaciones. Pero sucedió lo que Mazarredo habia previsto. Apenas salió y se divisó la escuadra española (7 de febrero, 1798), alejóse la inglesa metiéndose en alta mar; y como el almirante inglés, lord San Vicente, se hallase en Lisboa con mayores fuerzas, muy preparado para cualquier evento, en menos de doce horas se dió á la vela con todos los buques de que podia disponer, y Mazarredo volvió á entrar en la bahía ántes que las escuadras británicas pudieran reunirse para atacarle. Este movimiento, aconsejado sin duda por la prudencia, fué interpretado y denunciado por el capitán de la *Vestal* como una demostracion aparente, sin verdadera intencion de hostilizar las fuerzas enemigas, ni menos de hacer francamente y con vigor la guerra á los ingleses (1).

Cuando el nuevo embajador de la república, Tru-

(1) Algunos años mas adelante, con motivo de un suceso grave para él, tuvo ocasion Mazarredo de demostrar la injusticia de aquella inculpacion, explicando todas las razones de su conducta,

confirmadas por los marinos, y por otros testigos de vista. Hay una representacion suya, en que consta todo esto, la cual se imprimió en 1810.

guet, se presentó á Carlos IV. en Aranjuez (11 de febrero, 1798), en el discurso que pronunció al entregar sus credenciales empleó cierto lenguaje mas arrogante que comedido, que no agradó al rey y á la corte <sup>(1)</sup>, y no disgustó menos la manera de retirarse, poco conforme á la acostumbrada etiqueta <sup>(2)</sup>. Una de las exigencias que indicaba ya en su discurso, y que esforzó después, fué la de que se hiciera salir de España á los emigrados franceses. El príncipe de la Paz, que conocia no haber satisfecho al Directorio con la salida y la retirada de la escuadra de Cádiz, y comprendia la necesidad de complacer al embajador en todo lo que pidiese para ver de alejar prevenciones que contra él traia, consintió en la espulsion de aquellos desgraciados <sup>(3)</sup>. Mas como se les diese un plazo en que pudieran inscribirse en los registros de matrícula de los consulados, y con este motivo fuesen muchos los que se habilitaron para permanecer en España, la medida no satisfizo al embajador, que pretendia la extradicion de todos los que él señalara.

Redobló pues Truguet sus esfuerzos por la separacion del príncipe de la Paz, y aun entregó al rey en propia mano una carta de su gobierno en que mas ó menos directamente se significaba este deseo. No ig-

(1) Se halla en la Gaceta de 16 de febrero, 1798.

(2) Parece que se retiró volviendo la espalda al rey, y no dando pasos hácia atrás como era cos-

tumbre, lo cual disculpó él, diciendo que eran modales republicanos.

(3) Real decreto de 23 de marzo, 1798.

noraban estos manejos los enemigos de Godoy, los cuales, como era natural, aprovechaban la buena ocasion que se les presentaba de ayudar por su parte á la caida del privado. Pudo contribuir tambien, como él mismo lo indicó después en sus Memorias, algún desacuerdo en que por aquellos dias se puso con sus propios compañeros, y con el monarca mismo, sobre ciertas medidas económicas y militares. Tampoco extrañaríamos que, prevenido ya el ánimo del rey por los adversarios del príncipe, le desagradáran y parecieran sospechosas ciertas palabras de una carta confidencial de éste á su amigo Jovellanos cuando le llamó al ministerio de Gracia y Justicia, y que hicieron llegar á oídos del soberano un tanto desfiguradas <sup>(1)</sup>.

Todo pues creemos contribuyó á que Carlos IV. se decidiese á relevar á su ministro favorito de la primera secretaría de Estado (28 de marzo, 1798), y á apartarle de la direccion de los negocios públicos, nombrando en su lugar al ministro de Hacienda don Fran-

(1) A indicacion y por consejo de Cabarrús, cuando éste volvió de París rechazado como embajador por aquel gobierno, habia el príncipe de la Paz obtenido del rey, que llamase á los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia á don Francisco Saavedra y don Melchor Gaspar de Jovellanos. Cuenta Godoy en sus Memorias que en la carta á este último, le llamaba con la siguiente frase de confianza: «Venga V. pues, amigo mio, á componer nuestro Directo-

rio monárquico.» Que Jovellanos hubo de enseñar esta carta á algún amigo imprudente, y que divulgada la especie, se la hizo llegar á noticia del rey, tergiversada y vertida de este modo: «Venga V. pues á componer nuestro Directorio ejecutivo.» Que sobre esta frase mediaron esplicaciones entre él y el soberano, y que aunque le mostró la copia de su carta, le pareció que Carlos IV. no quedó del todo satisfecho.—Godoy, Memorias, cap. 47.

cisco Saavedra, si bien haciéndolo en los términos honrosos y lisonjeros que atrás hemos visto, y apareciendo en el Real Decreto que lo hacía accediendo á las reiteradas súplicas que de palabra y por escrito le tenia hechas el príncipe de la Paz <sup>(4)</sup>. El embajador Truguet despachó al punto un correo á su córte, anunciando el triunfo que acababa de conseguir, en la confianza de que la noticia iba á causar gran satisfaccion y contento al Directorio.

Conveniente y justo nos parece, ántes de manifestar á nuestros lectores el rumbo que tomó la política española á consecuencia de la caída del príncipe de la Paz, dar una idea y hacer una breve reseña de los actos de su gobierno en cuanto á la administracion interior del Estado, anudándola con la que dejamos pendiente en el tercer capítulo.

(4) Afirma Muriel, en su Historia MS. de este reinado, que llegó el rey á estender un decreto terrible de proscripcion contra Godoy, el cual entregó á Saavedra, pero que trató el caso con Jovellanos, se logró modificarle por razones de política.—Cean Bermudez, en sus Memorias para la vida de Jovellanos, dice que era grande el descontento del rey, y el horror con que miraba á Godoy, que en la opinion de algunos era la ocasion de acabar con él; pero que Saavedra y Jovellanos se opusieron al trágico fin del valido ha-

ciendo que se redujese el decreto á lo que despues se vió.—Todo lo contrario asegura el príncipe de la Paz en sus Memorias, al referir el trabajo que le costó arrancar del rey que le admitiese la dimision que tenia solicitada; y cuenta que el 28 de marzo, preguntándole á qué fin retardaba tanto tiempo su descanso, puesto que sabia tenia ya firmado el decreto, le sacó el rey del bolsillo con los ojos enternecidos, le alargó la mano de amistad, le dió el decreto, y se retiró á su aposento sin hablar mas palabra.

## CAPITULO VI.

### ADMINISTRACION Y GOBIERNO.

De 1795 á 1798.

Sistema de empréstitos.—Condiciones y reglas con que se hacian.— Memoria del ministro Gardoqui sobre el estado de la hacienda.— Recursos y arbitrios que propuso para cubrir las obligaciones.— Memoria del ministro Varela.—Medios que éste proponia.—Déficit que encontró el ministro Saavedra, y medidas que arbitró para llenarle.—Falta de fijeza en el sistema económico.—Tendencia de unos y otros ministros á la desvinculacion civil y eclesiástica y á la abolicion del privilegio.—Medidas de desamortizacion.—Impuestos al clero.—Temporalidades de jesuitas.—Lucha entre las ideas antiguas y modernas.—Diferencia entre los gobiernos de Florida-blanca, Aranda y Godoy.—Disminuye el príncipe de la Paz el poder de la Inquisicion.—Su conducta con los que le delataron al Santo Oficio.—Ensanche que se da á la libertad del pensamiento.—Mejoramiento en los estudios, y estension de enseñanzas.—Causas que influyeron en este adelanto.—Latitud protectora á la publicacion de obras económicas, industriales y mercantiles.—Diarios y semanarios de agricultura, industria y artes.—Creacion de cuerpos facultativos.—Ingenieros cosmógrafos.—Real colegio de medicina.—Escuela de veterinaria.—Enseñanzas de oficios mecánicos.—Talleres industriales.—Fábricas y artefactos.—Nobles artes: alarde de proteccion.—Bellas letras.—Movimiento intelectual.—Poesía.—Elocuencia.—Historia sagrada.—Lenguas sábias y vivas.—Gramáticas y diccionarios.—Obras de arte militar.—Idem de